

Como institución, la familia se configura en el punto de cruce de las relaciones entre la esfera privada y la esfera pública. En su centro los valores internos se compatibilizan con las normas sociales externas. Una incorporación adecuada de las exigencias sociales a los valores propios desvanece la heterogeneidad que afecta a las normas que provienen de afuera. La familia refuncionaliza las imposiciones sociales transformándolas. Resulta así un espacio donde se condensan la totalidad de las relaciones entre el Estado y la sociedad.

Sarmiento insiste a menudo en la correlación existente entre la organización doméstica y la organización del país: «La sociedad ha desaparecido completamente; queda sólo la familia feudal aislada, reconcentrada; y no habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible; la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar a los delincuentes»⁶.

El aparato político sabe que lo que sirve para el desarrollo de la sociedad puede aprovecharse en beneficio del aumento del poder estatal. Por esta razón, la familia aparece siempre, a pesar de los cambios y las variables históricas, como el lugar de emergencia de nuevas técnicas de regulación. La mirada atenta de cada uno de los miembros sobre los restantes establece un régimen de normalización que se autorregula y que dispone la rápida intervención allí donde exista la posibilidad de cualquier desvío.

En esta línea, la misión primera de la familia resulta ser la educación de individuos «morales» y «honorables». Esta tarea es concomitante con la otra que le encarga solapadamente el Estado: el individuo moralizado es además —o ante todo— un individuo normalizado, un sujeto útil para la sociedad. Así en el seno de la familia los principios socializantes se sobreimprimen a determinados imperativos económicos y políticos. El sujeto adaptado o integrado es aquel que renuncia a los deseos de autonomía en favor del acatamiento a un orden que lo precede y que preexiste.

En la medida en que las instituciones se tornan factores moralizadores, Sarmiento les otorga la capacidad de reformular su misión dentro del orden social. Claro está que su carácter eminentemente ético anula cualquier riesgo político.

El narrador consigna el pasado y el presente familiar de los caudillos. El común denominador se registra en la insubordinación a la autoridad paterna: Facundo golpea a su padre; Rosas crece apartado del afecto doméstico porque su padre lo destierra; Aldao es destinado a la vida sacerdotal desde temprano para enderezar sus inclinaciones torcidas. La actitud rebelde respecto de los padres se prolonga en acciones violentas hacia la mujer y los hijos, aunque a veces, los esposos irascibles se convierten en padres solícitos.

Sarmiento describe una genealogía de las relaciones de parentesco en la que puntualiza la ruptura de un linaje; en otras palabras, la deserción de la institución familiar; Quiroga y Aldao proceden de familias «decentes» —una acaudalada, la otra pobre. Estos dos caudillos rechazan los bienes simbólicos transmitidos por la institución; al desconocer lazos naturales ratifican su esencia subversiva.

⁶ Op. cit., p. 34.

Rosas se inscribe en la tradición familiar acrecentando los bienes simbólicos recibidos. Su familia prefigura y determina las características atribuidas a don Juan Manuel. El texto satura al personaje, lo atraviesa con el legado español haciéndolo el producto más acabado de esa tradición (la rigidez materna se corrompe en crueldad en Rosas y obtiene en Manuelita un instrumento eficaz de delación).

La biografía del Chacho presenta a un desclasado, sin origen, sin linaje, sirviente de un cura e iletrado.⁷ Peñaloza carece de los bienes positivos que transmite la familia —nombre, clase, cultura—; la versión sarmientina lo dota de otro «padre» que le da por herencia el bien simbólico negativo de la religión.

Señas particulares de Peñaloza: individuo sin campo social de pertenencia. Basta recorrer las páginas de la biografía para comprobar que su situación en el interior de la sociedad está invalidada por la práctica del bandolerismo, práctica que coloca a los sujetos que la ejercen en la posición de enemigos públicos. El texto escamotea todo dato que informe sobre el lugar peculiar de un caudillo que peleó con los unitarios contra Rosas y que, como general de la República, desempeñó numerosas misiones pacificadoras como mediador del gobierno nacional.

La familia que presenta Sarmiento contiene un núcleo despolitizado y opera como dispositivo despolitizante. Por eso Victoria Romero, la compañera de Peñaloza que lo seguía en las batallas y empuñaba la lanza como un llanista más, aparece aludida fugazmente: «Mostraba más inteligencia y carácter que él».⁸ La mujer oficia de puente entre los dos opuestos. En rigor, su verdadera tarea consiste en lograr la retracción de la vida pública: al integrar al rebelde al ámbito privado, la mujer se convierte en el mejor vigía del orden establecido.

Este tipo más sutil de represión opera sobre los sentimientos convirtiendo la política en algo doméstico: encerrar en las paredes del hogar lo que emerge como peligroso porque nó es dominable. Siendo originalmente la mínima organización política, la familia diagrama un espacio neutro. La autoridad afectiva que emana de la institución traza las líneas apropiadas para resolver el conflicto político concreto. Asegura la conservación de un orden desligándose de toda acción política y enfatizando la misión de integración social.

Los componentes de la familia activan el traspaso de la autoridad feudal del caudillo de la esfera pública a la esfera privada. (Facundo es el «padre de los peones», el Chacho cobija en sus tierras a los perseguidos por la otra justicia.) La institución actúa como brazo de la intervención exterior: el objetivo de desarmar las amenazas montoneras se muta en un problema afectivo al pasar al interior de la familia. Así, funciona a la manera de una escuela en miniatura: educa reemplazando la rigidez de la ley por las caricias de los parientes.

⁷ En la Vida de «El Chacho» que se publicó en el diario *El Argentino de Paraná* durante noviembre de 1863, Hernández rastrea el origen del caudillo. «Peñaloza no fue jamás un hombre oscuro. Perteneció a una de las más antiguas, como de las más notables familias de La Rioja, y la que ha contado y cuenta entre los suyos personas muy respetables». Texto recogido por A. Pagés Larraya, *Prosas del Martín Fierro*, Edit. Raigal, Buenos Aires, 1952, pp. 151-183. Chávez incluye en su libro un trabajo de César Reyes que detalla la genealogía de Peñaloza.

⁸ *El Chacho*, p. 289.



El baile del «cielito» (dibujo anónimo del XIX)